

dados derrotados de este á quienes puso alas en los pies el pavor de que estaban afectados, se presentaron con suma rapidez pintando su desgracia como causada, no por hombres, sino por numerosas legiones de demonios. Ciertamente que si Mina acelera su marcha y se presenta sobre sus trincheras, la ciudad le abre sus puertas y lo recibe con víctores como á un héroe. Esta era la medida salvadora que le correspondia tomar; pero él ignoraba el local y sus ventajas, y no supo sacar las posibles. Puede decirse de él lo que de Morelos en Oaxaca, que no supo usar de su buena ventura porque desconocia el suelo que pisaba. S. Luis en aquella sazón era ademas una ciudad de depósito de un comercio vastísimo, porque los envíos mayores de España se introducían por aquel rumbo: sus almacenes estaban reenchidos de preciosidades, y sus capitalistas abundantes de dinero. A vueltas de quince días de descanso, Mina habria triplicado con reclutas su division, sacándola de una ciudad de las mas populosas, proveyéndola de todo género de equipos, y de una numerosa y selecta caballería: su prestigio de vencedor le habria atraído las numerosas partidas del Bajío para ponerse á sus órdenes, las cuales habrian entretenido al enemigo para que no lo atacase y formase crecidas reuniones: no habria necesitado acogerse bajo los auspicios del padre Torres, y en breve estuviera en estado de obrar con dos mil hombres: por sí solo habria batido á Arredondo y encaminándose sin tropiezo á la capital. Finalmente, Mina habria cambiado todos los planes del gobierno, y la faz política de toda la América mexicana. . . . ¿Qué digo? de la Europa misma. No lo quiso el Soberano Rector del universo, porque aun no era llegado el momento de nuestra redención. *Sic erat in fati*. . . . Bendigámoslo pecho por tierra, preparándonos para seguir la narracion de unos hechos estupendos que tendríamos por fabulosos, á no haberlos presenciado en nuestros dias. . . . Llegará el instante en que demostramos con sencillas reflexiones que esto estuvo en nuestros intereses y bien estar, porque el cielo nada hace sin objeto.



## CARTA OCTAVA.

### EXPEDICION DEL BRIGADIER ARREDONDO SOBRE EL FUERTE DE SOTO LA MARINA, SU ATAQUE, TOMA, Y CONSECUENCIAS \*.

**A**PRECIABLE amigo.—A la salida de Mina del fuerte de Soto la Marina, se comenzaron á hacer los mayores esfuerzos

\* Para la verdadera inteligencia de esta historia, recomiendo á mis lectores las cartas 22 y 23 de la primera época, primera edicion, en que se lee una relacion muy exacta y circunstanciada del señor Dr. Mier, que vino con la expedicion de Mina, y fué prisionero por Arredondo en el fuerte de Soto la Marina. En la página 7 de dicha carta 22, donde dice.... En abril de 1817, supo Arredondo que Mina habia realizado su desembarco: léase mayo. La relacion que allí inserté la recibí del teniente coronel D. Antonio Elozúa, diputado á las primeras cortes generales de México, y oficial del ejército de Arredondo. Me lisonjeo de haber dado á luz aquella relacion desde setiembre de 1823, cuando aun no se habia visto la de Robinson. El lector, cotejando la del señor Mier con esta, conocerá la verdad con que está escrita, y no podrá dudar de ella en nada. Por tal motivo la he seguido en lo posible, auxiliándome con la correspondencia del virey Apodaca al general Liñan, y otros documentos é informes que ilustran muchos pasages, y los presentan referidos por los historiadores de ambas partes. ¡Ojalá y en muchas partes de este Cuadro tuvieramos esta ventaja!

para disciplinar los reclutas y trasladar los refuerzos que habian quedado en la barra del rio (dice **Robinson**) y se **habia** formado una milicia de paisanos mandada por el mayor **Castillo**. La fuerza de línea que no pasaba de ciento treinta y cinco hombres, quedó bajo las órdenes del mayor **Sardá**, catalan **esforzado**, y digno de mejor fortuna.

El 3 de junio marchó una partida del fuerte al **mando** del capitán **Andreas** para conducir algun trigo que hacia **falta**, y cinco espedicionarios, lo demas de la gente era del pais. Conducian efectivamente veintitres mulas cargadas de grano, **cuando** fueron atacados por doscientos y veinte **enemigos**: **defendiéronse** obstinadamente por espacio de media hora, en que **todos** (excepto tres) perecieron ó fueron prisioneros. **Estos fueron** pasados por las armas, de cuya suerte escapó el capitán **Andreas** á condicion de servir á los realistas. Por tanto la fuerza de línea de **Sardá** quedó reducida á ciento treinta hombres. **Supo** este el dia 6 que los **enemigos** se acercaban, é inmediatamente **dispuso** que la gente trabajase en la fortificacion. **Esta era una fatiga** muy penosa por el calor extraordinario que se sentia, sin **embargo**, no se oyó el menor ruido entre los soldados, y **todos se preparaban** á sostener el sitio. Las mugeres de los paisanos **tomaron** gran parte en aquella tarea, y ademas mataban las reses y salaban la carne. Los marineros acarreaban los repuestos que se habian dejado en la playa, y al mismo tiempo los buques salidos de Veracruz á que se habia agregado un bergantin, se **habian** aparecido dos veces por la boca del rio, pero sin indicios de **acercarse** á tierra.

El dia 11 aparecieron las tropas realistas y ocuparon el rancho de San José. Constaban de un batallon espedicionario de Fernando VII, parte del de Estremadura y un batallon del regimiento fijo de Veracruz, diez y nueve piezas de artillería, y mil doscientos hombres de caballería al mando del brigadier **Arredondo**. Ya hemos visto la fuerza de línea con que **quedó** **Sardá**, y de esta noventa y tres componian la guarnicion, y el resto cuidaba los almacenes. El coronel **Myers** de artillería y el comisario **Brianchi**, habian hecho su demision, el capitán **Dagasan**, oficial francés, habia sucedido al primero.

Las piezas montadas en el fuerte se reducian á tres de campaña, dos obuses, un mortero de once y media pulgadas, y tres carronadas. Una parte del fuerte estaba enteramente abierta por no haber habido tiempo para formar un reducto. Si los cincuenta y tres americanos que abandonaron la causa con **Perry**, y cuya suerte ignoraba **Sardá** se hubiesen reunido, quién sabe cuanta mayor hubiera sido la resistencia ó la suerte de la guerra. Un puñado de hombres decididos en estos momentos, producen un cambio inesperado.

El 12 de junio **Arredondo** rompió el fuego desde una bateria distante, colocada en la orilla opuesta del rio, y lo mantuvo hasta el 14 sin causar daño notable.

Aprovechóse de la existencia en su poder del capitán **Andreas**, á quien hizo escribiese al capitán **la Sala**, oficial mas antiguo de ingenieros, y al capitán **Metternich** (el P. Mier le llama *Martíniche* italiano) del primer regimiento, convidándolos á que se desertasen, como lo hicieron el dia 14 y se pasaron al ejército real. Esta ocurrencia indignó sobre manera á la guarnicion, porque darian noticias del estado del fuerte y acelerarian su ruina. El mayor **Sardá** con tal motivo tuvo junta de guerra, en la que los oficiales juraron cruzando sus espadas defender aquellos muros hasta la estrema.

El pueblo de Soto la Marina habia sido quemado, y destruido en él casi todo lo que podia servir de abrigo á los españoles; pero á la derecha habia algunas malezas en que se habian emboscado trescientos hombres de caballería. Para desalojarlos salieron veintiseis infantes con una pieza, los atacaron, pusieron en fuga, y este pequeño triunfo reanimó la guarnicion y le inspiró confianza.

La guarnicion continuó trabajando dia y noche en completar la fortificacion, manteniendo al mismo tiempo un fuego vivísimo siempre que el enemigo se presentaba. Para no perder tiempo se destinaron algunos hombres á cargar los fusiles, armados estos con bayoneta: estos estaban constantemente listos para en caso de asalto.

En la noche del 14, el enemigo siguiendo el consejo de la *Sa-*

la, puso en batería á la orilla izquierda del río á tiro de fusil de la fortaleza, y á las tres de la madrugada del 15 rompió un fuego terrible. Al rayar el día colocó siete cañones á la orilla izquierda, quedando así espuesta la guarnicion entre dos fuegos y á una destruccion inevitable.

Apenas el enemigo habia empezado á hacer uso de la primera batería, cuando dispuso guarnecer el río con la infantería ligera de Fernando VII, á fin de que la guarnicion no pudiera proveerse de agua. El tiempo estaba muy sereno, y á poco despues de amanecer el calor era insufrible. Con estas circunstancias y el continuo trabajo de la tropa, la sed se hizo insoportable, y aunque el río estaba á pocos pasos, tan destructor era el fuego de la infantería enemiga, que ni aun los hombres mas valientes se atrevian á acercarse á la orilla. Entoces fué cuando una muger, una *heroica mexicana*, viendo que los hombres empezaban á desmayar, salió intrépidamente del fuerte, y en medio de un diluvio de balas, pudo sin recibir daño alguno llevarles agua.

Por la tarde la artillería del fuerte estaba ó desmontada ó inutilizada. Se habia agotado la metralla, y las obras del fuerte tenian una brecha abierta. Ya se oía el toque de asalto, y se divisaban las columnas que marchaban resueltas á emprenderlo. Este era el momento crítico en que la guarnicion debia acreditar su denuedo, y en efecto se dispuso á resistir con firmeza ó morir. Se formó un repuesto de fusiles cargados, se volvieron á montar algunos cañones y se les cargó hasta la boca con balas de fusil. El único obus que habia quedado útil, tenia mas de novecientas. El enemigo se aproximó á paso acelerado gritando. . . . *Viva el rey!* y presentando un frente formidable al cual no parecia posible resistir, la guarnicion lo dejó acercarse á distancia de cien pasos, y entonces lo recibió con una descarga cerrada, acompañada del grito. . . . *Viva la libertad! viva Mina!!* Incapaz de sufrir tan vigorosa resistencia el enemigo, retrocedió con la mayor confusion y desórden; se rehizo de allí á un rato, y volvió al ataque precedido por algunos caballos que lo protegian del fuego, y que despues de muertos le servian para llenar los

fosos. La guarnicion lo aguardó como habia hecho antes: el enemigo se acercó con la misma resolucion; pero fué del mismo modo rechazado. En esta accion Arredondo estuvo á punto de perder la vida, habiéndole pasado muy cerca una bala de cañon. La tercera tentativa hecha del mismo modo que las anteriores tuvo igual éxito.

De este modo se defendieron unos pocos valientes encerrados en una fortaleza atacada por todos puntos contra fuerzas tan superiores. Sin embargo, por heroica que fuese la defensa, la guarnicion era demasiado débil para sostener por mas tiempo una lucha tan desigual, sin reposo ni refresco, porque el trabajo incesante y la sed los habia abatido extraordinariamente. La artillería era casi del todo inútil, los mas de los artilleros habian perecido, y la infantería estaba tan fatigada que apenas habia hombre que pudiese sostener el peso del fusil. En esta deplorable situacion los reclutas se alarmaron, y algunos de ellos huyeron del fuerte. El fuego cesó algun tiempo por entrambas partes, como si hubiera habido un mútuo convenio. La pérdida que habian experimentado los realistas les indicaba el peligro que corrian intentando otros ataques contra un fuerte defendido por hombres que habian dado tantas pruebas de valor heroico y constancia.

A la una y media envió Arredondo un parlamento exigiendo la rendicion del fuerte á discrecion. Se le respondió que esta proposicion era inadmisibile, y que podia si lo juzgaba á propósito, aventurar otro ataque para tomar la plaza por asalto. El mayor Sardá reunió entonces á los reclutas que aun quedaban, y les preguntó si querian seguir la suerte de los extrangeros que estaban resueltos á morir antes que ceder á vergonzosas condiciones. . . . *Estamos prontos á morir con V. . . .* tal fué la respuesta. Hubo otro parlamento con la oferta de respetar los individuos de la guarnicion; la respuesta fué la misma que se habia dado al primero. Presentóse otro tercer mensaje, y durante la conferencia un ayudante del estado mayor de Arredondo, habló y dijo que su general sentia sobre manera sacrificar unos hombres que habian dado tan estraordinarias pruebas de

valor, y que estaba autorizado para convenir en las condiciones mas generosas y honoríficas. En virtud de esto, y despues de una pequeña discusion, se propuso y entregó al oficial la siguiente capitulacion.

Art. 1.º Compréndense en esta capitulacion todos los individuos que componen la guarnicion de Soto la Marina, y los que se hallan en la actualidad en el rio y la barra. Serán prisioneros de guerra, y se les concederá un sueldo correspondiente á sus grados. Los oficiales estarán bajo su palabra de honor.

Art. 2.º La propiedad particular será respetada.

Art. 3.º Los extranjeros serán enviados á los Estados-Unidos en la primera ocasion \*: los naturales del pais se retirarán á sus casas, y no tendrán que padecer por su anterior conducta.

Art. 4.º La guarnicion dejará las armas despues de haber salido del fuerte con los honores de la guerra.

Aceptadas estas condiciones, el oficial español en presencia de toda la guarnicion dijo: que estando autorizado por su gefe Arredondo para acceder á los artículos que le pareciesen convenientes. . . . Empeñaba su palabra de honor en nombre de dicho gefe, que las condiciones de la capitulacion que tenia en las manos serian *escrupulosamente* observadas. Sardá creyó que era inviolable la palabra de un militar honrado, así es que manifestando una ciega confianza en la palabra del oficial, no insistió en que la firmase Arredondo. Faltóle que notar el veneno que contenian estas palabras subrayadas. . . . para acceder á los artículos que le pareciesen convenientes. Asimismo, le faltó que averiiguar si el bello ideal de un oficial de *honor* que se habia figurado, convenia á Arredondo.

\* Hé aquí el modo con que se cumplió esta capitulacion, (yo testigo). No se les dió ni un real para alimentos, y sí se les mató de hambre. El dinero que se les encontró se le tomó el teniente del rey de Veracruz D. José Maria Echagaray; yo le ví contar y despojar de sus uniformes.

Los extranjeros fueron remitidos á Ceutla. Hé aquí la fé púnico-española. No hay que admirarse si se tiende la vista sobre el rey de esta nacion. Jamás ha hablado sino para mentir, jamas ha jurado sino para burlarse del juramento. No conoce una virtud de ninguna especie. . . . *Regis ad exemplum totus componitur orbis*. . . . pero es católico. . . . como la mona! . . .

Sabemos por otra parte que Arredondo era de los oficiales mas pícaros é inmorales que scrvian á tal amo. Regístrese la primera época de este Cuadro.

Terminado este negocio cesaron las hostilidades, y aquella misma tarde la guarnicion salió del fuerte con los honores de la guerra. Componiase en todo de treinta y siete hombres, los cuales dejaron las armas á quinientos pasos del enemigo. Los que estaban en la barra y en el rio, quedaron tambien prisioneros. Así se entregó el pequeño fuerte de Soto la Marina, despues de haber sostenido valientemente un ataque vivísimo que duró once horas. Si se hubiera hecho semejante defensa en cualquier parte del mundo civilizado, hubiera ocupado un lugar distinguidísimo en los anales militares de la edad presente, ó á lo menos el comandante y los soldados hubieran sido respetados en sus personas, y no se hubieran violado de un modo pérfido y cruel los términos de la capitulacion.

Quando Arredondo vió aquella porcion de hombres marchar fuera del fuerte, se acercó al comandante y le preguntó. . . . ¿Es esta toda la guarnicion? . . . . Toda, respondió el comandante. ¿Es posible? (exclamó Arredondo) volviéndose con la mayor extrañeza al comandante de Fernando VII.

La pérdida de los realistas fué de trescientos muertos, y un número correspondiente de heridos. El importante repuesto de armas y pertrechos que cayeron en sus manos consolaron al comandante español un tanto del descalabro que habia sufrido.

Los dos primeros dias los prisioneros estuvieron perfectamente libres, menos el padre Mier que luego fué arrestado como ya hemos visto en su relacion; por entonces todo indicaba buena fé en los realistas. Los oficiales en general felicitaron al mayor Sardá por el éxito de la última accion, y le dijeron que Arredondo acababa de recibir proclamas del virey, en que prometia amnistía á todos los individuos de la expedicion de Mina que lo abandonasen; que á ellos se les darian pasaportes para los Estados-Unidos, y el dinero necesario para el viaje; por consiguiente que no debían tener el menor recelo acerca del cumplimiento de la capitulacion. Estas promesas tuvieron muy poca duracion, pues al tercero dia comenzaron los realistas á violar el tratado. Se puso guardia á los prisioneros, y algunos de ellos fueron destinados á enterrar á los muertos, y demoler las obras á pocos dias

después una partida suelta de patriotas de la división que había sido cogida el 3 de junio, y tratada con la mayor humanidad por D. Felipe de la Garza, fué conducida al frente del campo, y pasada por las armas. Para esta atrocidad no se dió otro pretexto sino es que no estaban inclusos en la capitulación. Uno de estos degraciados fué el teniente Hutchinson, ciudadano de los Estados-Unidos, sus heridas eran de tanta gravedad que no podía tenerse en pié, de modo que le *dispararon acostado*. Por tal conducta los prisioneros de la guarnición conocieron lo poco que tenían que esperar de la observancia de los tratados.

Efectivamente, la guarnición después de diez días de arresto, fué enviada á Altamira y encerrada. Previniendo que á esto se seguirían otras infracciones mas terribles, los prisioneros trataron de escaparse, apoderándose antes de la escolta, y dirigiéndose después á Tampico, donde en caso de necesidad podían embarcarse. Esta empresa se frustró, pues sea que se sospechase de ella, ó que fuesen vendidos por algunos de sus compañeros, lo cierto es que una hora antes de la señalada para dar el golpe vieron entrar un destacamento en la prisión que la impidió.

El oficial realista que la mandaba los hizo encadenar, y de este modo fueron conducidos por el largo rodéo de Pachuca á veintiseis leguas de México, menos el padre Mier que fué trasladado á la inquisición de México. En el camino lo desprendió la bestia de albarda en que caminaba caballero por un voladero, y precipitado con el peso de una enorme barra de grillos que llevaba á los pies se le quebró el brazo derecho, de modo que ha quedado manco y escribe con bastante pena. Llévosele á la inquisición, y entregado allí *in manibus eorum*, se examinó por el inquisidor Tirado en la doctrina cristiana, y averiguó si tenía ó no rosario. El autor del *Bosquejo ligerísimo de la revolución de México desde el grito de Iguala hasta la proclamación imperial de Iturbide*, ha descrito á la página cuarta el carácter del Dr. Tirado y por esta descripción conoceremos como trataría al Dr. Mier †.

† Cuando se juró la constitución española en 1820 se sacó de la inquisición á Mier, se le trasladó á la cárcel de corte, y de allí se condujo á Veracruz, y después

La conducción de la cuerda de los prisioneros de Mina hará época en los fastos de la crueldad en el castillo de Ulúa. Yo vi meter á dichos prisioneros en aquella fortaleza, pues me hallaba en ella en el pabellon número 5. En la Abispa de Chilpanzingo tomo primero, he referido esta escena que me llenó de pavor. Unióseles con una barra de grillos, de dos en dos hombres, los cuales estaban enteramente desnudos, y en esta disposición tenían que hacer sus operaciones mas naturales, lo cual les causaba un tedio recíproco; así es que continuamente se acometían unos á otros con furia rabiosa é indecible. Dábaseles muy poco de comer, por lo que se presentaban (las pocas veces que solían sacarlos al tinglado del castillo á tomar sol rodeados de centinelas)

al castillo de Ulúa, en Agosto de dicho año, para España. Este hombre impávido, y por otra parte gracioso, aun viéndose en los mayores peligros en que desafió á los tiranos, puso por nombre al caballo que montaba „Apodaca,” en loor del gefe que lo desterraba. . . traiganme á „Apodaca,” ensíllenme á „Apodaca,” era su lenguaje que les hacia mucha gracia á los de la escolta. En Ulúa hizo desertar á la guarnición del castillo, predicando á la tropa su libertad y odio á los tiranos, por lo que se daba al diablo el teniente de rey, que cuando pretendió ponerlo incomunicado ya casi no tenia guarnición por el nuevo apóstol. En febrero de 1821 tuve el honor de correr con su pasaje en la Galga. Llegó en ella á la Habana: desertó para los Estados-Unidos, y de allí regresó para Veracruz, pero en Ulúa le echó otra vez el guante el general D. José Dávila. Ya estaba nombrado vocal del congreso por Monterey, por tanto lo reclamó esta corporación, conminando á Dávila con la represalia, por la que al fin lo entregó. El día en que tomó posesion de su asiento en el congreso fué aplaudida su alocusion con vivas y entusiasmo. Echóle en cara á Iturbide su tiranía: ridiculizóle la unción que meditaba darse en su coronación: díjole que á la de Bonaparte le llamaron los ingleses el vinagre de los cuatro ladrones; dicho que le picó bastante, y de que se vengó arrestándolo la noche del 26 de Agosto del mismo año (1822). Huyóse Mier de la prisión de Santo Domingo porque Iturbide le habia mandado hacer un socucho para sepultarlo en el cuartel de número uno de infantería; pero habiendo sido entregado por una vieja que lo delató (prévio dictamen de un padre felipense que pasa por santo) se le llevó á la cárcel de corte, y después á la inquisición, de donde se le estrajo por un cuerpo de la guarnición de México la noche del 11 de febrero de 1823, y se incorporó con una división de patriotas para hacer guerra al tirano. La vida del Sr. Mier es casi milagrosa y trágica, y debemos admirar en él un varon constante en la adversidad, y una de las primeras y mas preciosas víctimas de nuestra libertad. Cuando yo le saludo le beso la mano manca, y le digo. . . *hic manus ob patriam pugnando vulnere passus*.

pálidos, flácidos y tan miserables que al tomar una poca de agua que continuamente pedían porque los devoraba la sed, se les veía pasar por el esófago como á los caballos. En cierta vez lograron dos divisar sobre la puerta de un pabellon en que habitaba un soldado llamado *Pancardo*, unos tajos de carne cruda colgados; lanzáronse sobre ella, y á guisa de canes rabiosos en un *sancti amen* la devoraron: armóse entre ellos tan feroz riña como si se disputaran un tesoro de inestimable valor; tal hambre les afligia de la que algunos positivamente perecieron. Excedióse el cómitre en darles en la cena de la noche buena, un pequeño posillo de vino y alguna ensalada de municion, á que no estaban acostumbrados, y hé aquí que al siguiente día amaneció uno muerto, porque su estómago no pudo tolerar aquel nuevo alimento. Todo lo veía con ánimo sereno el hipócrita teniente de rey D. *José María Echaagaray*, hombre enteramente sordo á los clamores de la humanidad, y que cometía esta clase de crueldades, invocando puestos los ojos al cielo á *San Francisco de Paula*, de quien afectaba ser muy devoto. La galera donde fueron hundidos estos miserables estaba muy escasa de luz, y húmeda; su calor era excesivo y muy denso: sus miazmas muy pestilentes: era la mansion del espanto, y aun en el día conserva el nombre de la galera de los de *Mina*. De allí se fueron sacando estos miserables para ser conducidos á Ceuta, despues de habérseles robado cuanto traían, con achaque de mantenerlos y ministrarles lo que necesitasen que jamas se les dió. Yo vi (repito) contar el dinero que traían, vi varios y muy elegantes uniformes, todo pasó al piadoso Echaagaray; acaso lo presentaria en oblacion á *San Francisco de Paula*. Jamas olvidaré la heroica presencia del mayor *Sardá*. Atraíase dulcemente la atencion del que lo veía, y no podia ocultar la elevacion de su alma y de su valor. No me parece por tanto exagerada la relacion del Sr. *Robinson* hecha á fojas 150, y me parece justamente recomendado el mérito de madama *L'Mar* maltratada; indignamente por el gobierno español; muger heroica que sacrificó todo cuanto poseía por servir al general *Mina*, y prestar sus servicios á la expedicion. Merezca del Sr. presidente de la federacion mexicana el alivio de

que es digna (como se lo suplico), ya que ni por su sexo mereció compasion á los inexorables gachupines. Acuérdesese de que en lo mas vivo del combate ella servia tranquilamente café á la guarnicion del fuerte.

Dada cuenta al rey con la traslacion de estos infelices prisioneros á España, y oido el consejo de Indias en razon de la suerte que deberian correr, mandó por real orden de 11 de junio de 1813, que los treinta y seis individuos comprendidos en la lista que remitió el virey Apodaca, se distribuyesen de cuatro en cuatro en los presidios de Cádiz, Málaga, Melilla, Peñon, Ceuta y Alhucemas, y los otros doce á disposicion del capitan general de Mallorca para que los distribuyese con la misma proporcion en los distritos de su mando. En estos puntos (dice el texto de la orden) permanecerán en calidad de presidarios todo el tiempo que sea del agrado del rey. Los gobernadores de dichas plazas vigilarán con el mayor esmero su conducta, y darán cuenta en tiempo oportuno de todo lo que en ella observen... á fin de que se ejerza con los referidos individuos el mayor rigor, teniendo presente que serán responsables de todos los alborotos que puedan promover unos hombres en quienes no se puede tener la menor confianza, á menos de que por pruebas indudables se hagan dignos de ella, y de la clemencia de S. M.—*Eguia*.

El tratamiento de estos prisioneros fué segun las diversas índoles de los comandantes. Tan deplorable fué su suerte que algunos se escaparon á los moros prefiriendo arriesgar de este modo la vida al mal trato que estaban recibiendo.

He aquí unos hombres engañados y hechos el juguete de la vil perfidia, condenados á una perpetua é ilimitada esclavitud; no hay que admirarse de este procedimiento, cuando sabemos que de la *real* mano de Fernando Calixto de Borbon siempre salieron decretos que *aumentaron* las penas de los infelices, en lo que tenia su mayor complacencia, echando en cara á los fiscales y jueces su clemencia como un defecto criminal y culpable. Este tigre no puede hacer otra cosa sino dañar á la especie humana, y ultrajar todo género de virtudes\*.

\* Al tiempo de escribir este tengo á la vista el impreso publicado por Arredondo ✓

## CONTINUACION DE LA MARCHA DE MINA DESPUÉS

DE LA DERROTA QUE CAUSÓ A SUS ENEMIGOS EN PEOTILLOS.

Oportunamente he reflexionado sobre las grandes ventajas que Mina habria adquirido si se hubiese dirigido á la ciudad de San Luis Potosí, á haber conocido el local que pisaba, y la ineptitud y nulidad del comandante militar que gobernaba allí. Sigámonlo ya en su extraviada peregrinacion hácia sierra de Pinos. Estrechado á dejar algunos de sus heridos en la hacienda de Peotillos, escribió una carta para el comandante realista, en que le suplicaba les cuidase con el mismo esmero con que él lo hacia con los prisioneros españoles. Surtió efecto esta buelta diligencia pues los habitantes de San Luis se portaron con la mayor humanidad. La separacion de Mina de aquellos fieles é infortunados compañeros, fué demasiado patética ó interesante. Los heridos le apretaron las manos al general y á sus compañeros, dándoles un eterno á Dios; ah! ellos tenian razon para presumir que quedaban en una tierra inhospitalaria, y que pudieran llorarse tan cautivos como en los baños de Argél!

La division de Mina marchó á la madrugada del día 16 de junio: por la noche hizo alto en un rancho, donde tuvo noticia de la completa derrota de Armiñan, y por tanto la noche fué de descanso, comiendo todos espléndidamente de lo que encontraron en aquel lugar.

Al día siguiente salió la division con dos oficiales menos que se quedaron, y despues cayeron en manos del enemigo. Al ponerse el sol pasó la tropa por el pueblo de la Hedionda. El cura solemnizó su entrada con repiques y otras demostraciones apa-

sobre el sitio, ataque y rendicion del fuerte y barra de Soto la Marina que vió la luz en Madrid en la oficina de Ibarra año de 1820. Estoy convencido de que es un tejido de mentiras en lo esencial, y que á no haberle dado la perfidia del capitán La Sala y sus compañeros la victoria, nada habria conseguido, y habria sido depuesto por el virey Apodaca, que estuvo á punto de hacerlo, nombrando en su lugar al brigadier Gallangos que estaba en Zacatecas; mas como el diablo protege á los suyos, Arredondo, que es de la familia de Satanás, logró por artes de este quedarse allí por otros cuatro años mas para ser el azote de aquellos pueblos. Oyese su nombre como el de una peste desoladora, y es el verbi gratia de los gefes mas malditos que oprimieron la llamada Nueva-España.

rentes de alegría. Procuró hacer creer que se interesaba en la causa y triunfo de la libertad. Todo era supuesto, y sus miras se dirigian á informarse del número fijo de los soldados de Mina para instruir exactamente al gobierno; así es que en el parte que lo dió, aseguró que él los habia contado cuando se formaban en la plaza. Tal era la artérea y ruin política de muchos eclesiásticos en la revolucion, pues ellos servian de espiones, de correos y de todo cuanto podian para sostener el despotismo de que eran su apoyo. Aunque hubo muchos eclesiásticos en la revolucion que hicieron mucho bien, es constante que fué mayor el número de los que causaron harto mal. Mina llegó al día siguiente (18) á una hacienda llamada el *Espiritu Santo*, finca muy considerable, fortificada y guarnecida con tropas pagadas por su dueño. Su guarnicion se echó fuera, marchando á S. Luis en compañía de su dueño que era europeo. Quedáronse solas las mugeres, las cuales formaron una procesion, en la que sacaron devotamente una imágen de la Virgen, y entonaron muchas alabanzas. Ellas temian á Mina, y no era para menos, pues en aquellos lugares se habia procurado inspirar por Calleja el mayor odio á la revolucion desde el año de 1810, y creyendo á este oráculo viejo, levantaron numerosos cuerpos que conocidos con el nombre de lanceros, y *Tamarindos*, y agregados á su ejército de operaciones, se hicieron terribles por su ferocidad. Presto se disipó el miedo de las mugeres, viendo que los soldados de Mina á nadie molestaban, y que lo que adquirian era pagándolo al contado.

La division campó fuera de la hacienda, y distribuidas las raciones continuó su marcha al día siguiente (19). Ya era de noche cuando llegó al Real de *Pinos*, punto ubicado en la intendencia de Zacatecas, rico, grande, situado en una altura, y rodeado por un lado de colinas de donde se saca el mineral †. Estaba regularmente fortificada la poblacion con fosos y tapias

† La extraccion de plata allí es muy crecida, incorporándose sus metales con los de Guanajuato, principalmente con los de la Mina Valenciana, con que hacen el mejor maridaje; pero necesitan una vigilancia exactísima por parte del azoguero, el cual en el mismo momento en que ve que ya rindió (como ellos se espican) debe comenzar á lavar, so pena de que no haciéndolo así, se pasa, y hasta el azogue se pierde.